



Era un caluroso lunes de verano, debía sesenta pavos al casero y doscientos a Limones por una partida de póquer que acabó en desastre. Así que cuando aquella muñeca entró en mi despacho pensé que la suerte empezaba a sonreírme.

Llevaba un conjuntito negro salpicado de piedras brillantes, pendientes de oro y algunos anillos que parecían caros, pero ninguno de compromiso. Su pelo era rojo como el fuego, y aunque debía sobrepasar largamente los cuarenta, su cuerpo era como el de los maniqués de los escaparates.

—Buenos días —saludó—. Me llamo Lara Olcina. Siento presentarme sin avisar.

—No es molestia, guapa. Por favor, tome asiento. ¿Qué le trae por mi despacho?

—Se trata de un asunto de lo más grave, señor Folgado. Alguien intenta matarme.

—Inconcebible. ¿Quién querría liquidar una cosa tan bonita?

—No lo sé, todavía no acabo de creérmelo. Soy una persona amable y generosa, no tengo enemigos y nunca deseé mal a nadie.

No creí que existiera gente así, pero mantuve la boca cerrada.

—Empecemos por el principio —dije prendiendo un Lucky—. ¿Está casada? ¿Tiene hijos?

—Soy viuda desde hace siete meses. Marcos, mi marido, que también era viudo cuando nos casamos, tenía una hija que ahora tiene veinticinco años.

—¿Vive ella con usted?

—Sí, Sheyla vive conmigo, con mi sobrino Darío y su marido Jose Luis. Darío y Jose Luis se instalaron en mi casa de Masías cuando la suya se incendió accidentalmente hace dos meses. Los pobres lo perdieron todo.

—¿A qué se dedica usted?

—A nada en particular. Verá, mi padre estuvo en política algunos años y me dejó una gran fortuna al morir, así que mi dedicación consiste exclusivamente en viajar y vivir la vida.

—¿Cuándo fue consciente por primera vez de que alguien quería asesinarla?

—Hace dos semanas. Era un mensaje escrito sobre el cristal de mi Jaguar, que estaba un poco sucio. Decía: «Lara, zorra asquerosa, pronto vas a recibir tu merecido castigo».

—Parece alguien dolido con usted. ¿Seguro que no ha roto el corazón de algún tipo recientemente?

—No, en absoluto. No soy esa clase de mujer, créame. No he estado con ningún hombre desde que murió Marcos.

—Menudo desperdicio —comenté—. ¿Qué pasó luego?

—Una segunda nota llegó dos días después. Fue escrita a mano y deslizada por debajo de la puerta durante la noche. Decía: «Lara, puta, disfruta tus últimos días en este mundo, en breve lo abandonarás».

Chupé el Lucky y bufé el humo, que partió hacia el techo formando volutas.

—El asunto es serio —observé—. ¿Ha denunciado el caso a la Policía?

—Por supuesto, pero no me han tomado en serio. En realidad ni yo misma me tomé en serio las notas hasta anoche.

—¿Qué pasó anoche?

—Alguien disparó contra la ventana del salón mientras me encontraba en él. La bala rompió el cristal y me pasó rozando la cabeza antes de hundirse en el yeso de la pared.

—¿Había alguien más en la casa?

—Además de mí, solo mi sobrino Darío. Jose Luis había salido a cenar, y Sheyla estaba en un centro comercial.

—Continúe.

—No hay nada más que contar. Esta mañana le pedí a mi sobrino que me acompañase en su coche hasta aquí. Quiero que se encargue de este asunto y encuentre una solución. ¿Dos mil a la semana le parece un pago justo?

Pensé que era poco teniendo en cuenta que había asesinos armados mezclados en el asunto. Sin embargo, pensando en el actual estado de mi cuenta corriente, dicha objeción no existía.

—Comenzaré a husmear esta misma tarde —dije, y deslicé el cuaderno de notas sobre la mesa—. Escriba la dirección de su casa, su número de teléfono y cualquier otro dato que considere de interés. Intentaré averiguar quién pretende darle pasaporte y por qué, aunque no le prometo nada.

Un minuto después cerró la libreta, se puso en pie y me tendió la mano, dando por sentado que la entrevista había llegado a su fin.

Cuando abandonó el despacho abrí el cajón, saqué la Llama y monté las balas en el cargador. Es mejor asumir desde el principio que las cosas pueden ponerse feas antes de que ocurra realmente nada, solo para asegurarme de que no me pillan con los pantalones bajados.

Masías era una colina de ondulaciones suaves sobre la que se erguían cientos de chabolas. Un muro de piedra un poco más alto que yo rodeaba la de mi cliente. En su interior, decenas de arbustos de todos los colores ardían con brillo salpicados sobre un césped verde y corto como una mesa de billar.

Atravesé el jardín y me encontré con una muñequita en bikini, tostándose junto a la piscina. Se trataba de una réplica más joven de mi cliente. Al verme se quitó las gafas de sol y me observó aprobadoramente de pies a cabeza. Yo hice lo propio, demorándome fugaz y disimuladamente en sus tetas antes de mirarle la cara, que era un óvalo pecoso de perfección celestial, enmarcado en una cabellera naranja como la de una diosa celta.

—Buenas tardes —saludé alegremente—. Me llamo Vicente Folgado y estoy aquí por petición de Lara Olcina. ¿Es usted su hija Sheyla?

—Hijastra —puntualizó la diosa.

—Encantadísimo de conocerla, preciosa. Hace dos noches atentaron contra la vida de su madrastra. Supongo que estará al corriente.

—Sí, bueno, naturalmente... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Vicente Folgado —dije, y le mostré la licencia.

Se hizo un profundo silencio mientras leía mi nombre.

—Así que es detective... —dijo, y me dirigió una sonrisa diez grados más cálida de lo que exige la simple cordialidad—. ¿Qué piensa hacer?

—De momento quedarme cerca de su madrastra. ¿Está aquí ahora?

—Está en su habitación. ¿Quiere que la avise?

—No es necesario, allí está segura. Sin embargo me gustaría hablar con usted y con el resto de ocupantes de esta casa.

—Por supuesto, no hay ningún problema. Venga conmigo y le presentaré a Darío y a Jose Luis.

Se enfundó una toalla alrededor del cuerpo y se agarró de mi brazo. Era una diosa celta y su poder divino era el de la seducción.

Entramos en la casa, cuyo salón era lo suficientemente grande como para organizar una reunión de vecinos, un concierto de rock o un partido de pádel, sin apartar un solo mueble, todo al mismo tiempo. En un sofá había dos hombres, ambos acuarentados. El primero, de barriga esférica y brazos largos y velludos, tenía aspecto de vendedor de libros religiosos. El segundo parecía latino, pero no de los herederos de la cultura de la antigua Roma, sino de los que bailan rumba.

Sheyla presentó:

—Darío, Jose Luis, os presento al señor Vicente Folgado. Quiere hacernos unas preguntas con relación al intento de asesinato de Lara.

Darío se rascó la barriga.

—¿Y qué podemos contarle? —preguntó—. No sabemos quién lo hizo.

Sheyla seguía agarrada a mi brazo.

—Será mejor que zanjemos este asunto cuanto antes —dijo alegremente—. ¿Desea empezar la entrevista conmigo?

Pensé que no había nada que deseara más, pero no dejé que mi mirada trasluciera nada porque soy un profesional.

—Me parece bien —dije asépticamente.

—Estupendo —respondió ella. Luego miró a los dos hombres y les pidió que nos dejaran solos.

El latino se levantó y abandonó sin más la habitación, mientras que el gordo meneó ligeramente la cabeza en un gesto de contrariedad, antes de seguir los pasos de su esposo. Su actitud recordaba a un niño malcriado al que han dejado sin videoconsola por motivos disciplinarios.

Cuando nos quedamos a solas, me dejé caer en el borde de un sillón mullido y me recosté, mientras que Sheyla se hundió en el centro del sofá, acomodando el culo entre los blandos almohadones.

—Cuando usted quiera —dijo montando una pierna sobre otra, en plan coqueto—. Pregunte lo que desee.

—Entonces usted es la hijastra de la señora Olcina... —comenté.

—Así es. Mi padre se casó con Lara hace casi una década. Desgraciadamente falleció accidentalmente hace solo unos meses.

—¿Cómo ocurrió?

—Al abrir descuidadamente el ropero de Lara, sepultado por media tonelada de ropa.

—¿La ropa era de Lara?

—Sí, le gusta vestir bien y compra vestidos en cantidad. No la culpo por ello, a mí también me gusta la moda. Pero lo de esa mujer es una obsesión que roza lo criminal.

—¿Esta chabola era de su padre?

—No, la casa es de Lara. Mi padre no tenía ninguna propiedad cuando se casaron, salvo dos preciosos ojos azules. Lara siempre dice que se enamoró de mi padre por ellos.

—¿Es cierto que no hay ningún parentesco biológico entre usted y su madrastra? El parecido es asombroso.

—Sí, pero lo dice solo porque compartimos el mismo color de pelo. En realidad soy dos centímetros más alta que Lara y muchos años más joven.

—¿Dónde se conocieron Lara y su padre?

—En un crucero para pelirrojos. La idea promocional de la compañía era incentivar las relaciones entre pelirrojos, pues como sabrá estamos en peligro de extinción.

—Si Dios permite que se extinga una cosa tan bonita como usted es un chiflado. ¿Se lleva bien con Lara?

—Tenemos nuestras diferencias, pero la quiero como a una madre.

—¿Por eso sigue viviendo aquí?

Sheyla sonrió dulcemente.

—Sí, siempre me ha tratado muy bien y además estoy a solo diez minutos en coche del centro.

Pensé que también habría otras ventajas, como por ejemplo piscina en verano y probablemente una generosa asignación semanal, pero lo dejé correr.

—¿Sabe de alguien que quisiera algún mal a su madrastra?

—No, a nadie. Lara es una mujer encantadora. Si finalmente acaba muerta solicitaré su canonización. —Soltó una risita. Luego dijo—: Lo siento, es una broma de mal gusto.

—No se disculpe, me gusta su sentido del humor, entre otras cosas. ¿Qué puede decirme de Darío y Jose Luis?

—Se casaron hace dos años. Darío es hijo de Teresa, la hermana mayor de Lara. Teresa era madre soltera. Murió en acto de servicio cuando Darío era solo un adolescente.

—¿Era policía?

—Sí, fue una de las primeras mujeres en patrullar las calles.

—Deberían darle un premio póstumo. ¿Qué puede decirme del moreno?

—Jose Luis nació en Cuba y es un encanto.

—¿Es verdad que su casa se incendió?

—Sí, las pasadas navidades. Al parecer Jose Luis se quedó dormido mientras fumaba en la cama. Fue un milagro que despertara a tiempo de escapar de las llamas.

—¿Se lleva bien con Lara?

—Sí, el trato es cordial, la única vez que percibí cierta tensión entre ambos fue cuando Lara le rogó que no fumara en la habitación.

—¿Jose Luis no se lo tomó bien?

—Al principio no, pero terminó admitiendo que Lara tenía razón. De hecho creo que Lara fue muy amable, teniendo en cuenta los precedentes. Si de mí dependiera Jose Luis no fumaría nunca más. En realidad todos los fumadores deberían dejar el tabaco, incluido usted.

—Lo sé, el tabaco terminará perforándome los pulmones, si no lo hace una bala antes.

—Eso es algo que nunca entenderé de los fumadores. Si conoce los riesgos, ¿por qué sigue fumando?

—La cocaína es muy cara —señalé, y a continuación me recliné sobre el sillón y pregunté tranquilamente, retomando la entrevista—: ¿Dónde estaba la noche que dispararon contra su madrastra?

Parpadeó desconcertada.

—¿Acaso sospecha de mí?

—En absoluto —dije—. Pero quizá, si estaba en la casa, viera a alguien.

—Desgraciadamente esa noche estaba en el cine —respondió con indiferencia.

—Me encanta el cine. ¿Qué película vio?

—Bah, una bazofia romántica. Pero no recuerdo el título.

—¿Fue sola?

—No encontré a nadie que me acompañara... —sonrió débilmente, y después cruzó las piernas a la inversa. Las tenía tan largas y estilizadas que rechacé mirarlas, o de lo contrario acabaría tan excitado que me resultaría imposible pensar con claridad el resto del día.

—De acuerdo... —dije, preguntándome qué otras palabras podían seguir a estas. Cómo no se me ocurría nada, añadí—: Creo que ahora hablaré con algún otro miembro de esta casa...

Asintió con la cabeza.

—Debería hablar con todos los miembros de esta casa —dijo—. Estoy segura de que sacaré buen provecho de lo que averigüe. Se nota que es usted un detective competente, además de atractivo...

Esbozó una sonrisa maliciosa y depredadora, y a continuación se puso en pie, se acercó y, con la timidez de un pajarito, se deslizó del brazo del sillón y se dejó caer

sobre mis rodillas. Por supuesto la historia del cine era una trola como un piano, pero estaba tan buena que la habría creído aunque me hubiera asegurado que en la cara oculta de la luna hay una colonia de enanos comunistas cultivando fresas en una aldea de casitas de chocolate blanco.

—Señor Folgado —dijo posando los brazos sobre mis hombros—. ¿Le gusta mi perfume?

Acerqué mi nariz a su cuello y esnifé su fragancia. Celta o no, Dios existía y olía a una mezcla de Coco Chanel y mentol.

—Me encanta —contesté, y sentí cómo mi corazón latía con rapidez, presa de una excitación sin precedentes—. ¿Todo su cuerpo huele así?

—No lo sé —me susurró cálidamente—. ¿Por qué no sube a mi habitación y me huele enterita?

La agarré por la cintura con tal fuerza que se dobló hacia atrás.

—¿Solo olerla? Si no le importa también me gustaría lamerla.

En ese momento la puerta del salón se abrió violentamente y Darío entró como una exhalación.

—Siento interrumpir, señor Folgado, pero si tiene que interrogarnos a todos es mejor que lo haga cuanto antes. Soy un hombre ocupado y por lo que veo su entrevista a Sheyla terminó hace un rato.

La pelirroja le fulminó con la mirada, pero aceptó la derrota con deportividad.

Mientras abandonaba el salón la observé con atención. Caminaba rodeada por un aura de poderoso magnetismo sexual.

—Señor Folgado —dijo Darío acercándose al mueble de los licores—, ¿desea tomar una copa?

Debían ser alrededor de las seis, llevaba cuatro Doble V en lo que iba de día, que casualmente era mi tope diario, antes de la cena. Le dije que no, pero acepté cuando sugirió mezclar el whisky con un poco de Coca-Cola.

Me entregó la copa y tomó asiento en el sofá.

—De acuerdo, soy todo suyo —dijo mirándome distraídamente la cremallera del pantalón—. ¿De qué quiere que hablemos?

—De cualquier cosa que pudiera estar relacionada con el asunto que me ha traído hasta aquí —contesté cruzando las piernas rápidamente para disimular la erección todavía latente.

—Por supuesto —dijo, y a renglón seguido se lanzó a hablar. Admitió que no sabía nada de las notas amenazantes ni de quién podía querer asesinar a su tía, pero tenía toda clase de teorías y sugerencias. Una de ellas implicaba a la CIA y a los extraterrestres, aunque no a los masones. Por supuesto no sabía de lo que hablaba, pero era de esa clase de personas que rellenan los huecos de su ignorancia con grandes dosis de imaginación.

—Oí que su casa se incendió —dije cambiando de tercio.

—Sí, un desgraciado accidente. Por fortuna mi tía nos invitó a quedarnos aquí hasta que encontremos otra casa.

—Se nota que Lara le aprecia mucho.

—En realidad es casi como mi hermana, solo nos llevamos unos meses de diferencia.

—¿Cómo encajó la muerte de su marido?

—Con dolor, desde luego. Como sabrá, Marcos sufrió un accidente doméstico, y Lara se sentía responsable. Por fortuna creo que lo tiene bastante superado.

—¿Cómo reaccionó Sheyla tras la muerte de su padre? ¿Culpabilizó a Lara de lo sucedido?

—Nunca oí nada parecido, ni Lara me habló de ello.

—¿Cree que se llevan bien?

Al hacer la pregunta hizo un ademán de fatiga con los hombros, como si considerase innecesarias las explicaciones.

—Tuvieron sus diferencias —dijo—, sobre todo antes de la muerte de Marcos. Creo que Sheyla sentía celos de Lara, es algo frecuente en estos casos. Desde entonces se llevan bien, aunque han tenido algunos roces menores.

—¿Qué tipo de roces?

—A mi tía nunca le ha gustado la forma que tiene Sheyla de entender las relaciones.

—¿A qué se refiere?

Darío se inclinó hacia adelante hasta donde se lo permitió la barriga.

—Esa chica es una fresca —dijo en un tono de voz más bajo del habitual—. Algunas noches trae hombres a casa y se bañan desnudos en la piscina. Todos la soban y a ella no parece importarle nada. ¿No es vergonzoso?

—Por supuesto —dije, y pensé que detrás de sus quejas se escondía la envidia natural por no ser él el centro de los manoseos. Luego pregunté —: ¿Está incluida en el testamento?

El modo de mirarme sugería que la pregunta resultaba ofensiva.

—Claro que no —contestó—. Puede que el parecido físico sea grande, pero no existen lazos biológicos entre ellas.

—Entonces usted es el único heredero —afirmé al azar.

—Así es —contestó sorbiendo la copa—. Soy su único pariente vivo.

Percibí orgullo en sus palabras. Luego le solté:

—Señor Darío, ¿dónde estaba usted la noche que dispararon contra su tía?

—¿Quién, yo? —exclamó con expresión sorprendida.

—No se ofenda, es el procedimiento habitual. Lo pone en el manual del buen detective.

—De acuerdo, no tengo nada que ocultar. Jose Luis se había citado con unos amigos suyos de Miami que estaban de visita en la ciudad, pero yo padecía una terrible jaqueca, así que me quedé en mi habitación, simplemente leyendo.

—¿A qué hora se produjo el intento de asesinato sobre su tía?

—Debió ser poco antes de la medianoche.

—¿Qué hizo cuando escuchó el disparo?

—Me sobresalté muchísimo, naturalmente. Cuando me presenté en el salón, encontré a mi tía en el suelo. Había cristales por todos lados y estaba horriblemente asustada.

Escruté su rostro con atención. Puede que no sintiese ningún deseo sexual por las mujeres, pero eso no lo convertía en un criminal. Por supuesto el hecho de ser el único heredero le convertía en sospechoso, pero no más que Sheyla, la cual probablemente responsabilizaba a Lara de la muerte de su padre, por no mencionar la debilidad de su coartada.

Suspiré. Para ser sincero aquel asunto me tenía muy confundido. Aunque de todos modos aun tenía que interrogar a Jose Luis.

—Gracias, señor Darío —dije poniéndome en pie y estrechando su mano blanda y húmeda—. Comprobaré su declaración. Y por favor, si tiene pensado abandonar la ciudad en las próximas horas, notifíqueme con dos semanas de antelación, pero no antes.

Le costó digerir el chiste porque era de esas personas que solo se ríen de sus propias ocurrencias.

Encontré a Jose Luis nadando en la piscina. Me acerqué al borde y prendí un Lucky mientras observaba sus movimientos. Tenía la piel tostada y musculatura definida. Al verme allí plantado, nadó en mi dirección y salió de agua sin demasiada prisa.

—No veo por qué quiere interrogarnos a todos —me dijo, tomando una toalla y secándose con ella las manos—. Quien quiera que escribiera esas horribles notas y disparara contra Lara no tiene nada que ver con nadie de esta casa, se lo aseguro.

En las comisuras de los ojos se veían finas arrugas provocadas sin duda por el exceso de risa y el sol de las playas.

—¿Por qué está tan seguro?

Se encogió de hombros.

—¿Y qué motivo podríamos tener nosotros?

—No lo sé —dije—. ¿Venganza tal vez?

—Eh, espere, no sospechará de Sheyla... —dijo secándose el pelo.

Chupé el cigarrillo y bufé el humo hacia el cielo, donde el Sol descendía pesadamente hacia el ocaso.

—¿Y por qué no? Su padre murió sepultado por la ropa de Lara.

—Fue un accidente —contestó secándose los pies.

—Quizá Sheyla no sea capaz de apreciar la diferencia.

Jose Luis meneó la cabeza de un lado a otro, dando a entender que no aprobaba mi teoría.

—Lo siento —se disculpó secándose las pestañas—, pero no creo que Sheyla escribiera aquellas notas, ni mucho menos que disparara un arma contra su madre.

—Madrastra —puntalicé—. A propósito, ¿qué me dice su esposo? Es el único heredero.

—¿Qué insinúa? —se indignó.

—Bueno, es obvio que se beneficia con la muerte de su tía. No solo él, como esposo legal, también usted se beneficia.

Me miró perplejo.

—Está usted loco... —dijo secándose las pupilas.

—Es una posibilidad, lo admito. Pero su casa se incendió y lo perdieron todo. A cualquiera le gustaría empezar de cero en un sitio como este.

Barrió mis objeciones con un gesto categórico de su mano.

—Olvidelo, detective. No sabe de lo que habla.

—¿Y por qué no me lo explica usted?

—Escuche, Lara no tiene ninguna fortuna. La tuvo, no digo que no, pero la ha dilapidado.

—¿Qué quiere decir? Esta casa no parece un espejismo.

Sonrió.

—Debe la mitad de la hipoteca al banco y no puede hacer frente a los pagos. Es una compradora compulsiva. ¿Cree que la montaña de ropa que sepultó a Marcos se la regalaron? En menos de seis meses tendrá que vender esta casa para hacer frente a las deudas.

Chupé el cigarrillo e intenté hacer un círculo perfecto mientras asimilaba la información, pero lo logré solo a medias. La historia que escuchaba era sórdida como la de tantas otras familias de aspecto saludable. Parece que nadan en la opulencia, pero cuando rascas un poco encuentras montones de mierda, como en todos lados.

—¿Por qué Darío no me lo dijo cuando me habló de la herencia?

—Es su tía y la quiere. No diría nada negativo de ella.

Arrojé el cigarrillo al césped y lo aplasté con la punta de la zapatilla.

—Por favor, Jose Luis, déjeme hacerle una pregunta más. —Le miré sólidamente—. ¿Dónde estuvo anoche?

—Cené en el «Slaughterhouse», un restaurante de Ruzafa. Unos amigos regresaban a Miami y organizaron una cena de despedida.

Tenía la toalla alrededor del cuello y la agarraba con ambas manos. Sus cabellos negros y húmedos caían sobre su frente, y su mirada no desprendía ninguna emoción.

—¿Le importaría anotarme sus direcciones?

Sobre la tumbona había unas gafas y un paquete de cigarrillos Virginia Slims etiqueta verde. Se llevó uno a los morros y lo prendió.

—Lo haría —dijo bufando el humo—, pero volaron a EEUU esta misma mañana.

—Muy oportuno. ¿A qué hora regresó a Masías?

—Después de medianoche. Sheyla acababa de llegar. Cuando entré en la casa, Darío le estaba contando a Sheyla lo sucedido.

Me froté la frente con la yema de los dedos, tratando de ordenar los pensamientos. Si Lara realmente estaba arruinada, Darío perdía puntos como sospechoso, y eso también valía para Jose Luis, quien sin duda era el menos sospechoso de todos. Aunque por otro lado, el lector familiarizado con este tipo de relatos sabe perfectamente que el personaje menos sospechoso de todos resulta ser siempre el culpable. De lo contrario, ¿para qué introducirle en la trama e incluso hacerlo interrogar?

Tal vez para confundir al lector, pensé.

Por supuesto el autor de las notas podía ser alguien completamente ajeno a la casa, pero no lo creía.

Aunque la principal sospechosa era Sheyla, desde luego.

Pero por otro lado...

De repente oí una campana. Rápidamente miré a mi alrededor, pero no vi ninguna.

Obvio, la campana sonaba en mi cabeza.

De sopetón decidí que solo podía hacer una cosa.

Regresé al interior de la casa y me encontré con mi clienta, que charlaba con Darío en el sofá. Llevaba su radiante melena roja suelta sobre los hombros, y había sustituido el conjuntito negro de brillantes por un vestidito blanco adornado con lo que parecían plumas de pavo real.

—Me alegra verle por aquí, señor Folgado —me dijo alegremente—. Mi sobrino me ha dicho que ha interrogado a todo el mundo. ¿Ha realizado algún progreso?

—Alguno, pero no merece la pena que se lo explique, presento mi renuncia en este momento.

A lo largo de mi carrera profesional he visto muchos cadáveres, pero no recuerdo ninguno tan pálido como el rostro de mi clienta cuando le solté aquello.

—¿De qué está hablando? Cerré con usted un trato esta mañana.

—Lo sé, pero hoy Venus está en posición retrógrada y temo que la personalidad de mis plantas carnívoras se vea afectada. Si todo va bien, estaré ocupándome de ellas la próxima semana y media.

Darío se puso en pie violentamente y me miró con desprecio.

—Desde el momento que le vi supe que era un vulgar estafador —me dijo—. Lárguese antes de que le denunciemos a la Policía.

—No llegarían a tiempo —afirmé seriamente.

—¿A tiempo de qué?

—De evitarle cirugía dental.

Me lanzó una mirada cautelosa, y luego retrocedió un paso y tomó asiento de nuevo en el extremo más alejado del sofá, presuroso por alejarse de mí.

Abandoné la casa y atravesé el jardín. El agua de la piscina era una balsa de aceite, y no había ni rastro de Jose Luis.

Subí al Porsche y me alejé de allí. A la salida de Masías había un área de servicio con restaurante. Me senté en la barra y ordené un bocadillo de calamares y cerveza muy fría al camarero. Una idea giraba en mi cabeza como la ropa sucia en una lavadora.

Una hora y tres cervezas después pagué la cuenta y regresé a Masías.

Estacioné a doscientos metros de la casa y esperé quince minutos. Había anochecido y en el cielo brillaban las estrellas cuando me encaramé sobre el muro de piedra. El jardín estaba solitario y oscuro, y a través de las ventanas pude ver a Darío y a Jose Luis conversando junto al armario de los licores. No había ni rastro de Lara, pero por otro lado era natural que después del intento de asesinato se mantuviese alejada de las ventanas.

Salté sobre el césped con agilidad felina y rodé detrás de los arbustos. Desde donde me encontraba, un tirador no demasiado fino podía acertar a un blanco, incluso en movimiento, sin mucha dificultad.

Transcurrieron cuarenta minutos. En ese tiempo Jose Luis abandonó el salón y una pelirroja se paseó junto a la ventana con un vaso en la mano. Por un momento

pensé que se trataba de Lara, pero resultó ser Sheyla. Cruzó algunas palabras con Darío. La pelirroja hizo un gesto despectivo con la mano, a lo que el gordo respondió negando con la cabeza.

Luego él abandonó el salón.

Aguardé veinte minutos más, agazapado tras los arbustos. La espera se hizo interminable. Un murciélago que volaba bajo se dirigió como una bala hacia mí y luego se apartó en el último suspiro, como si de pronto hubiera sospechado quién era y la reputación que me precedía.

Bicho listo.

Sucedió entonces lo que había estado esperando. Una escalera de cuerda se desprendió de una de las ventanas de la fachada lateral y por ella descendió torpemente una sombra. Una vez abajo la sombra corrió entre los arbustos. Tropezó dos veces, pero continuó hasta situarse a unos seis o siete metros de una de las ventanas del salón y a renglón seguido un objeto metálico brilló en una de sus manos.

No aguardé más. Volé en su dirección y salté sobre ella, golpeándole la muñeca con el canto de la mano en el momento que disparaba. La bala rasgó la noche en dirección a la casa y causó un gran estruendo de cristales rotos. Caímos agarrados y mi espalda aterrizó sobre el césped con un gran crujido de vértebras. A pesar del dolor intenté levantarme, pero la sombra pesaba horrores. Le arreé en el vientre con toda la fuerza que fui capaz de reunir y el puño salió rebotado hacia atrás, me golpeó en la boca y quedé ligeramente aturdido. Tuve suerte, porque recuperé la consciencia en el preciso instante en que la sombra saltaba sobre mí, buscando mi muerte por aplastamiento. Sin embargo rodé velozmente sobre mí mismo, salvando la vida por décimas de segundo. El impacto hizo temblar el suelo como si hubiera un terremoto de intensidad 6,9 en la escala de Richter. Finalmente me incorporé de un salto, caí sobre ella, le clavé la rodilla en el pecho y le golpeé el rostro con energía devastadora hasta que dejó de forcejear.

En ese momento la puerta se abrió y se hizo la luz en todo el jardín. Todos los miembros de la casa se presentaron ante nosotros. Todos menos Darío, por supuesto, al que se le estaban hinchando los morros mientras trataba de detener la hemorragia con una mano que se teñía de rojo por momentos.

Me puse en pie y al agacharme para recoger la pistola sentí gran dolor en las lumbares. Lara preguntó:

—Señor Folgado, ¿qué está ocurriendo aquí?

Miré el arma. Se trataba de una vieja STAR 28PK. El arma reglamentaria de la Policía, cuando la madre de Darío servía en el Cuerpo.

—Lara, pastelito —dije guardándome la cacharra en el bolsillo—, le presento al hombre que disparó contra usted la pasada noche.

—¿Darío? Es mi sobrino. Jamás me haría daño.

—¿Y quién dice que quisiera hacérselo? Fue un disparo en falso, usted nunca fue su objetivo, de lo contrario no se habría molestado en escribir aquellas amenazas.

—No lo entiendo, señor Folgado...

—Pues es fácil —apunté—. Desde el principio el objetivo de Darío fue su hijastra...

—¡Eh, espere un momento! —interrumpió Sheyla—. ¿Por qué querría Darío asesinarme?

—Por celos, naturalmente. Puede que Jose Luis no desee a las mujeres, pero usted no es una mujer corriente, sino una diosa morbosa con el poder de invertir las tendencias sexuales de los homosexuales. Logró seducirlo sin dificultad y arrastrarlo a la cama —junté los dedos índices para ilustrar el hecho—, pero de alguna manera Darío descubrió el asunto y la odió en secreto lo suficiente como para planear su muerte.

Jose Luis frunció la nariz y los labios con repugnancia no disimulada.

—Pare el carro, detective. ¿Cómo averiguó eso?

—Eso es fácil —dije—. Verá, una vez salí con una chica que fumaba cigarrillos mentolados, y por mucho que me bañase, el olor siempre estaba ahí, pegado a mi ropa, en el pelo, en mi cuello, en todos los sitios...

Se encogió de hombros, abriendo los brazos, las palmas hacia arriba.

—¿Y qué tiene eso que ver con todo esto?

—Pues que sabiendo que Sheyla no fumaba ninguna clase de cigarrillos, ¿por qué todo su cuerpo olía a mentolados? Sin duda Darío también lo advirtió.

Lara parpadeó desconcertada.

—Señor Folgado, aunque eso fuera verdad no entiendo por qué mi sobrino me amenazó anónimamente y disparó sobre mí, si a quien odiaba era Sheyla.

—Porque sin esos precedentes la muerte de Sheyla habría iniciado una investigación que irremediablemente acabaría destapando su affaire con Jose Luis, y entonces todas las sospechas habrían recaído sobre Darío. Amenazándola a usted primero y simulando un intento de asesinato a continuación, empujaba a la Policía a pensar que la muerte de Sheyla era el resultado de un error del asesino cuyo objetivo en realidad era usted, y que además podía justificarse amparándose en el extraordinario parecido físico entre ambas.

—¡Mentira! —protestó Darío con rabia.

—Eso dígaselo a la Policía —señalé.

—Yo misma les llamaré —remató Sheyla, entrado con determinación en la casa.

Lara corrió a abrazar a su sobrino, cuyo rostro presentaba de repente gravedad de funeral.

—Cariño, no te preocupes, estaré a tu lado siempre, buscaremos al mejor abogado —le prometió, acariciando su frente.

Darío no contestó. Tenía los ojos cerrados, y unas lágrimas afloraron en ellos y descendieron por sus mejillas, mezclándose con la sangre que le manchaba la boca.

Saqué el paquete de Lucky del bolsillo de la chupa, me lo puse en los morros y salí de la propiedad para esperar a la Policía. No creí que pudiera pasar jamás, pero si seguía allí un segundo más corría el riesgo de dejarme conmovido, y eso es un error que un buen detective no puede permitirse en este negocio.

Un relato de Pablo Hernández Pérez.

Portada de Josevi Blender.